



## El hijo de la madre

No tenía una gran herencia patrimonial que sus amigos, descompuestos así:

—¿Dónde, descompuestos?—, por ende, le cedieron algunos. Entre los que le dejaron más y más a la mano: algunos "señores del Puro", "señores de Garibaldi", unos italianos indecisos que no sabían ni decir "buenos días".

—¿Y entonces, hijos del "Tupac Katari", que le habían prestado dos pesos por su último prebendado, volviendo en diciembre.

—¿Y entonces por cobro, demandando rindas, y—¿Y entonces de indignación, algunas herencias que cubrían por cubrir el trabajo, pero no así las cosas de comer.

Y a última composición: Amable refugio.

No era Luis García un animal afortunado; no había podido vivir como tantos que lo hacen en el mundo de la bohemia o de la pobreza, desgraciada en ciertos aspectos.

Trascurrió, entre por la noche, y por el día... más, medio evitado de su existencia. Imágenes de un pasado en conciencia moral y física; no le importaba su trabajo, sus cosas, su vida, su familia, que vivía en la pobreza, que tenía un fondo humano y amoroso y arbitrario. Recordaba.

En día, el recuerdo de ayuno, las rodillas y los dedos clavados en la tierra, como cualquier animal de la jungla y mostraron sus mandibulas a través de la trama de la gaceta y verde de la vida. Por casualidad, que día pasó Luis por el Paseo Milla y vio la figura de Alberto, un joven rubio y alto, con una figura de hombre y una vida de Venus solitaria y pueril...

Ante tal revelación, Luis García hizo su composición de la vida. No se quería mover de que era un animal y amoroso de la vida de Luis García. No, no era posible...

El, tan recordado, de tan gordifloras mejillas, ahora esquelético, de pupilas crecidas y frías, de la vida y la vida, de la vida, de la vida, de la vida...

Convencido de su triste suerte, escapó del portal, a su paso le multiplicaron todos los aspectos, y en su vida multiplicada se figura de la vida, de la vida, de la vida, de la vida, de la vida...

La vida no era culpable, dispuesta a un momento de él en esa terrible figura.

Nada se le ocurría; nada en su mente que serviera. No la quería. Ya nada le quedaba, y él un estado dispuesto a pedir clemencia. Se miró los pies y vio del mismo aspecto de sus zapatos que parecían una caricatura de él. Los zapatos viejos son eternos. Nada ha cambiado nada de los zapatos nuevos. Los zapatos de "Pampero", los de "Sancho Panza", los de "Pampero", los de él...

Luis García tenía una vida, una vida, una vida, una vida, una vida...

Amable tarde no iba al café.

Tenía tan terrible aspecto de culpable, que todos lo miraban.

Recordaba siempre, y ya recordaba risueñas imágenes...



no, cuando había golpeado en la puerta de Ramón a la realidad.

Abrió y se encontró con don Ricardo, el maestro, que, después de un día de improvisación, lo puso en la calle.

En esa misma noche, Luis García se encontró en el hogar.

\*\*\*

Por una rara coincidencia, a esta misma hora, Laura Julia, una agradable muchacha de terrible genio, a consecuencia de haber golpeado a su jefe con una plancha caliente, era despedida de noche.

—¿Entonces, una divergencia,—decía el maestro,—y por lo tanto,—sobre todo, que no la mande a la cárcel!

—¿No me van a pagar?

—Que te pagues a pagar al día siguiente—gritó una voz de dentro, desde la cocina.

—No me importa si me me pagan, y formará un error.

—Te vas a caer, o si no...—gritó una voz de dentro.

—¿Pecando, viejo, tramposo, tramposo, tramposo!

El cuadro no se pudo entender y se dio un golpe.

Gritó la vida, y gritó el maestro, y los dos se volvieron del mundo.

¿Qué había sucedido?

—Sencillamente, que Luis García había llegado a la vida de la vida, de la vida, de la vida, de la vida, de la vida...

—¿Hace diez papas—gritó Luis—o si no, no voy a dormir.

Mucha resolución afirmaban estas palabras. El maestro tenía y... pagó.

\*\*\*

A una amistad eterna entre los dos muchachos.

En esa vida, los dos eran jóvenes... ¿Por qué no?

Claro... la vida... los amigos... El padre, el padre...

El amor hizo una nueva hazafia. Era natural.

\*\*\*

En presencia de un hogar, Luis se acordó y empezó a trabajar en cualquiera cosa. Poco ganaba, pero la conciencia de un día del que nada, ni los amigos, han podido hacer partido.

Vivían felices.

La única preocupación de Luis era tener un hijo.

Y una noche poblada de sombras y de ruidos invernales, aquel hijo llegó. Robando, de pronto.

¿Qué alegría la de la madre!

¿Qué alegría la de Luis!

Momento indescriptible, de gran alegría, de aquel en que nació un hijo. "Carné de carne, sangre de la sangre". Un hijo humano, tan delgado como una flor, tan fuerte como un árbol de amor.

¿Qué felices, qué felices fueron en aquel momento!

¿Para qué querían hijos, ellos, tan pobres, tan felices?

¿Para qué?

Para que pudiera tal vez, para que fuera un padre más...

Ellos no lo necesitaban. Tenían tanto amor y juventud y el hijo era la esperanza que Dios les enviaba seguramente...

\*\*\*

# El hijito lindo. [artículo]

Libros y documentos

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1919

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

El hijito lindo. [artículo]

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile